

Sonetos de Teresa Fernández en homenaje al de Miguel Hernández “Yo sé que ver y oír a un triste enfada”

Este soneto es el que cierra “El silbo vulnerado” publicado en 1934. Teresa Fernández ha escrito 14 sonetos que contienen, cada uno, dos versos del de Miguel Hernández, el primero y el último de cada soneto de Teresa, y conviven perfectamente con el poema de Miguel. El primero de sus sonetos se inicia con el primer verso de Miguel Hernández y cierra con el segundo; el segundo se inicia con el segundo y cierra con el tercero; y así sucesivamente hasta el decimocuarto soneto que se inicia con el decimocuarto verso y cierra con el primero. Disfrutadlos.

Ricardo Fernández

www.lapalabraesmagica.com

“YO SÉ QUE VER Y OÍR A UN TRISTE ENFADA” (Miguel Hernández)

Yo sé que ver y oír a un triste enfada
cuando se viene y va de la alegría,
como un mar meridiano a una bahía,
a una región esquiva y desolada.

Lo que he sufrido y nada, todo es nada
para lo que me queda todavía
que sufrir, el rigor de esta agonía
de andar de este cuchillo a aquella espada.

Me callaré, me apartaré si puedo
con mi constante pena, instante, plena,
a donde ni has de oírme ni he de verte.

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,
pero me voy, desierto y sin arena:
Adiós, amor, adiós, hasta la muerte.

Miguel Hernández

SONETO I

Yo sé que ver y oír a un triste enfada
si crea de su duelo fortaleza,
pero el querer no ahuyenta la tristeza
ni induce a la razón a ser violada.

Debo enfrentar a solas la estocada
que un día y otro aguarda en la certeza
de estrangular con saña mi entereza
perforando mi esencia ensangrentada.

No quiero ser dolor ni la locura
que inste a envenenar el pensamiento,
tan solo soy, seré, simple elegía;

como el verso cargado de amargura
que fluctúa al vaivén de un fuerte viento
cuando se viene y va de la alegría.

Teresa Fernández.

SONETO II

Cuando se viene y va de la alegría
y la pena se filtra intermitente,
mejor cohibir el palpito latente
y ampararse en la gris melancolía.

Cuando brota una lágrima sombría
que taladra el umbral del subconsciente,
y todo, todo, todo es recurrente,
el duelo se hace auténtico vigía.

Oscilo entre renunciaciones y deseos
que giran, giran, giran, soñadores,
al albur de una extraña sinfonía.

Mas percibo por dentro bisbiseos,
que acuden y se alejan, invasores,
como un mar meridiano a una bahía.

Teresa Fernández.

SONETO III

Como un mar meridiano a una bahía,
con suaves incursiones y recesos,
así penetra el vértigo en mis huesos,
deslizándose tácito en la umbría.

Procuro resistir tu lejanía
tratando de olvidarme de tus besos,
que van difuminándose, inconfesos,
con esta intolerable tiranía.

Y acepto con quebranto la evidencia
de ver cómo la niebla se aventura
por recodos del alma atormentada.

Y abatida se exilia mi conciencia,
entre encrespadas olas de negrura,
a una región esquiva y desolada.

Teresa Fernández.

SONETO IV

A una región esquiva y desolada,
emigra un corazón estremecido
que nunca quiso ser y nunca ha sido
la víscera que ahora está postrada.

Ya nunca su latir, querida amada,
registraré tan íntimo latido,
su palpitar sensible fue al olvido
por una violación desvergonzada.

Ya todo es un querer morir muriendo
rendido a toda suerte de balazos
con toda la esperanza estrangulada.

Ya todo lo que fue, se nos fue yendo
cercenado en adúlteros pedazos.
Lo que he sufrido y nada, todo es nada.

Teresa Fernández.

SONETO V

Lo que he sufrido y nada, todo es nada
con estos horizontes tan oscuros,
en ellos solo encuentro negros muros
que ocultan la traidora puñalada.

Y, aunque mantenga firme la mirada,
regresarán los pájaros impuros
acribillando el aire de conjuros
que enturbiarán mi sangre acelerada.

Pero soporto carros y carretas
por mor de un sentimiento que pervive
y que avala mi cómplice empatía.

Demasiado dolor por las cunetas,
intensa pesadumbre se percibe
para lo que me queda todavía.

Teresa Fernández.

SONETO VI

Para lo que me queda todavía
es difícil hallar algún consuelo,
pues tanto es el dolor, tanto es el duelo
por no poder sentirte, amada mía,

que temo haber vivido una utopía;
y persigo ese cántico, ese vuelo
que mantuvo mi espíritu en el cielo
induciéndolo a fluir en poesía.

Prisionero de un círculo vicioso,
nada me impide ver la desventura
donde el amor, antaño, florecía,

y prefiero un deceso doloroso
huyendo del horror de la impostura
que sufrir el rigor de esta agonía.

Teresa Fernández.

SONETO VII

Que sufrir el rigor de esta agonía
es como un berbiquí torturador
horadando hasta el centro del dolor
un día y otro y otro y otro día.

Sobrecoge la voz de la herejía
que impone el despiadado violador
(el código constante del terror)
con su infame traición y alevosía.

Un futuro carnívoro me acosa,
cautivo de una bárbara sentencia,
mostrando su temible dentellada;

y me pierdo por una nebulosa,
que añade el ultimátum, la advertencia
de andar de este cuchillo a aquella espada.

Teresa Fernández.

SONETO VIII

De andar de este cuchillo a aquella espada
en este absurdo tramo de mi vida,
me rindo ante la furia genocida
que se expande implacable y despiadada.

Recuerdo el resplandor de la alborada
con aquel color púrpura suicida,
y tu luz (en la luz interrumpida)
acudiendo feliz y alborozada.

Recuerdo tu figura junto al río
leyendo, ensimismada, algún poema,
y acude, casi en ráfagas, el miedo

que se oculta en constante desafío.
Y, aunque estalle en mi espíritu el dilema,
me callaré, me apartaré si puedo.

Teresa Fernández.

SONETO IX

Me callaré, me apartaré si puedo
de la dulce caricia de tu voz;
es demasiado lúgubre y feroz
el estertor que silba en el hayedo.

Se me condensa el aire y retrocedo
al hiriente marasmo, portavoz
del endiablado fuego que, veloz,
recorre este submundo en que me hospedo.

Atempero este cíclico suplicio
derramando unas lágrimas urgentes
bajo una luna cómplice y serena.

Y recompongo el hálito y el juicio
para no herir los ánimos presentes
con mi constante pena, instante, plena.

Teresa Fernández.

SONETO X

Con mi constante pena, instante, plena,
arrastrada a raíz de una porfía,
peleo entre la furia y la miopía
de no ver la razón de esta condena.

Resisto todo el odio que almacena
la tan impresentable oligarquía,
y desprecio la altiva hegemonía
que consiente el maltrato y me enajena.

Allá donde resida la falacia,
me envolveré en la luz del raciocinio
controlando mi pánico a perderte.

Y, si fuera mi sueño tu desgracia,
huiré de tan amargo vaticinio
a donde ni has de oírme ni he de verte.

Teresa Fernández.

SONETO XI

A donde ni has de oírme ni he de verte,
marcharé tan contrito y tan distante
que nada hará creer que fui tu amante;
me marcharé, mujer, por protegerte.

Pero conjugo el verbo, el de quererte,
a cada hora del día, a cada instante,
sabiendo como sé que es vinculante
el fallo irrevocable de la suerte.

Mas siento cómo fluye un torbellino
que me sacude el alma si no estás;
tal es el despropósito, que cedo

a ese claro deseo peregrino,
pues no puedo sentirte si te vas;
me voy, me voy, me voy, pero me quedo.

Teresa Fernández.

SONETO XII

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,
desaparezco, amor, de este escenario
que pretende ceñirnos el sudario
por ir tan solo en contra de su credo.

No quiero ser el mártir ni el remedo
de un estúpido y bárbaro adversario
cuyo poder golpista y arbitrario
nos amenaza firme con el dedo.

Ya nada podrá ser si tú no estás;
y estallará un infierno si, al besarme,
se adhiriera tu palpito a mi vena.

Sin ti, sin ti, sin ti, no hay nada más,
y quisiera contigo evaporarme,
pero me voy, desierto y sin arena.

Teresa Fernández.

SONETO XIII

Pero me voy, desierto y sin arena,
por la insidia mortal de un homicida,
por tanta y tanta lágrima vertida
que brota estrangulándome de pena.

Me voy, desaparezco de la escena
dejando el corazón en la partida,
esquilmada la luz, sobreseída
la esencia de la lluvia que me llena.

Me voy agonizante y mutilado,
sin fuerza para el lance de este reto
que me anula la acción de complacerte.

Me alejo de tus besos, de tu lado,
sin ti, pero contigo, aunque incompleto.
Adiós, amor, adiós, hasta la muerte.

Teresa Fernández.

SONETO XIV

Adios, amor, adiós, hasta la muerte;
emprendo en solitario este camino,
emigrando del dulce torbellino
que era oírte reír y estremecerte.

Derrotado, indefenso, casi inerte,
me enfrento a los azares de un destino
que quiere verme errante, peregrino,
penando la tortura de perderte.

Me escandaliza todo entre las rejas
de esta prisión maldita en que me hallo,
y debo acelerar mi retirada.

No quiero, amor, que sufras por mis quejas
ni por tanta ignominia que me callo,
yo sé que ver y oír a un triste enfada.

Teresa Fernández.